

Concluion. — Cruz de mi Salvador, qué admirable invencion sois, y cuán preciosa ! Al imprimir en nuestros corazones el temor á la justicia de Dios, al inspirarnos una entera confianza en sus misericordias, al llevarnos á amarle con un sincero y profundo amor, nos acordais el más grande servicio que pudiéramos recibir, puesto que contribuis, de la manera más eficaz que esto pueda ser, á nuestra conversion, la cuál consiste precisamente en el temor á la justicia de Dios, en la confianza en su misericordia y en su amor. Démos gracias á Dios, cristianos, por esta invencion maravillosa de su amor por nosotros. Y para sacar los frutos en vista de los cuáles há inventado la cruz, pongámos frécuentemente su imagen á nuestra vista, y pensémos tambien con frécuencia en ella. Las reflexiones que nos inspirará nos unirán más y más estrechamente á Dios, que, á la hora de nuestra muerte, serémos bastante amigos para ser recibidos en el cielo. Asi séa.

Debemos ser crucificados por nuestro Salvador, cómo él lo há sido por nosotros ; debemos aspirar á sacrificios con esta sed de amor que desea conformarse con el Bien-Amado por una donacion de si que se asemeje, aunque de lejos, á la suya. Estamos muy obligados á decir de lejos ; porque todo lo que hacemos y podemos hacer es mezquino al lado de lo que Jesus há hecho por nosotros, qué son nuestras cruces, tán dolorosas cómo se las imagine, para poder ser colocadas en paralelo con su cruz ! Porgámos por lo menos todo nuestro corazon, y agradarán al corazon de Jesus. Cuando este santo deseo há entrado en el alma, ella es ingeniosa para sus invenciones de cruz ; ella aprovecha todo para el sacrificio. En las riquezas, sigue las inspiraciones de la caridad ; en los goces del mundo, busca las amarguras para unirse al Salvador ; en todas partes busca la cruz, que es tesoro aquí y corona en el cielo. (Ethevery. *Meditaciones.*)

En donde se encuentra la verdadera Cruz de Nuestro Señor.

I. Esta cruz se encuentra en todas partes. — II. Estimacion que es preciso hacer de ella.

Cuándo la madre del emperador Constantino, Santa Elena, hubo resuelto encontrar la cruz, desde mucho tiempo desaparecida, sobre la cuál Nuestro Señor Jesucristo habia ofrecido su vida por la salvacion del mundo, partió de Roma para Jerusalem, y despues de largas y dificiles averiguaciones, por fin la descubrió, cerca del mismo sepulcro del Salvador. Es de este descubrimiento ó invencion que celebrámos hoy la memoria. Segun esto, no nos separarémos de las intenciones de la Iglesia en la institucion de esta solemnidad, dirigiendo nuestras miradas hacia otra cruz diferente de la descubierta por Santa Elena, pero que nos es recordada por ella. Esta otra es igualmente la verdadera cruz de Jesucristo, segun la ensenanza de los Santos Padres; puesto que él la há llevado como la cruz del Calvario, y más tiempo. Tiene ella, ademas, por efecto, el completar aquella, que nos seria lo más frécuentemente inutil sin esta. Cuál es, pues, esta otra cruz, y en dónde se encuentra ? Esta otra cruz es todo lo que, en la vida, nos molesta y nos contraria. Y mientras que la cruz del Calvario no se encontraba más que cerca del sepulcro del Salvador, en dónde habia sido enterrada y en dónde Santa Elena la há descubierto, la otra cruz de la cuál tengo que hablaros, se encuentra por todas partes, cómo vá á serme facilísimo convenceros en la primera parte de esta platica. En la segunda, ensayaré haceros comprender, en pocas palabras, qué profundo aprecio debemos tener por esta cruz.

I. — *Cómo la cruz de Jesucristo se encuentra por todas partes.*
— Cuando una cosa es indispensable para la salvacion, Dios tiene cuidado de que sea muy comun, á fin de que pueda facilmente procurarsela, y que nadie esté expuesto á perecer éternamente por haber carecido de ella. De todos los sacramentos, el más indis-

pensable, es el del Bautismo. Así véd con qué facilidad puede sér administrado! No es necesario, en éfecto, para conferirlo, más que algunas gotas de agua, que es el liquido más abundante que hay sobre la tierra, con cinco ó seis palabras pronunciadas al mismo tiempo que se vierte sobre la cabeza de la persona que se bautiza. Si fuéра preciso, para administrar el Bautismo, cosas tán difíciles de procurarse cómo para administrar, por éjemplo, la Confirmacion, el Orden sacerdotal y la Extrema-Uncion, cuántas personas, cuántos niños sobre todo, en peligro de muerte, no podrian recibirlo, y estarian para siempre perdidos!

Lo propio acontece con la cruz. Es una verdad de fé que no nos podemos salvar, una vez llegados á la edad de razon, más que haciendonos aplicacion de los meritos adquiridos por Jesucristo al morir por nosotros. Pero, cómo hacernos esta aplicacion? Si hubiéра sido preciso, para esto, unirnos á la cruz sobre la cuál há dado su vida, no es evidente que la mayoría de los hombres no lo hubiéра podido hacer nunca, y qué habrian sido entregados, por consiguiente, de una manéra forzosa en cierto modo, á la eterna condenacion, apesar de la redencion hecha en su favor? Así, no es éso lo que se nos pide. Para aplicarnos los meritos adquiridos para nosotros por Nuestro Señor Jesucristo, lo que se exige, es el unirnos, no materialmente á la cruz sobre la cuál há muerto, sinó moralmente á la que há llevado toda su vida, hasta el ultimo suspiro, y que, lo hémos dicho, se encuentra por todas partes, precisamente á causa de la indispensable necesidad que de ella tenemos.

La cruz del Salvador, tál cómo aqui le entendemos, se encuentra por todas partes. Seria preciso negar la évidencia para no convenernos de ello.

Recorrámos todas las condiciones de la vida humana, no hay una en dónde la cruz no se encuentre y no se haga sentir. Encuéntrase en las riquezas, séa que se tenga miedo de perderlas, si se está unido á ellas fuertemente; séa que se tema hacer mal uso y administrarlas mal, si se las posee con un corazon cristiano. —

Encuéntrase en la pobreza, que nos condena á privaciones y á sufrimientos de todas clases, y, sobre todo, que nos expone á violentas tentaciones de celos, de envidia y de odio contra los que están más favorecidos que nosotros por este lado. — Encuéntrase en el mando, que frecuentemente no sabe lo que precisa hacer para que el bien de todos. — Encuéntrase en la dependencia, obligado á éjecutar ordenes que están en oposicion con sus gustos, sus luces y hasta sus intereses. — Encuéntrase en la ciencia, siempre más ó menos incierta en lo que cree saber, y siempre más y más sedienta de conocimientos nuevos á los cuáles no puede llegar. — Encuéntrase en la ignorancia, privada de las satisfacciones que vé tienen lo que saben, y reducida á pedir consejos á extraños para sus propios asuntos, con el temor demasiado frecuente de ser inevitablemente su victima.

Recorrámos del mismo modo todas las edades de la vida: todas tienen por compañera inseparable la cruz. Al nacer, el niño la encuentra que le arranca sus primeros gritos y le hace verter sus primeras lagrimas. No dará un paso que no la tenga á su lado, bajo forma de enfermedades y de sufrimientos de todas clases. Al crecer, encontrará la cruz en el estudio, y en los combates que deberá librar con sus malas inclinaciones para vencerlas. Hecho hombre, la encontrará en los trabajos á los cuáles se entregará para créarse una posicion, atender á sus necesidades, educar y establecer á sus hijos. Por ultimo, cuando parecerá que la vejez habrá traído para él la época del descanso, la cruz se hará sentir en sus espaldas más pesada que nunca, por el completo desvanecimiento de todas las ilusiones y de todas las esperanzas humanas, por la llegada de las enfermedades y por la proximidad del juicio de Dios, tán inevitable en su realidad cómo incierto en su termino.

Si nos observámos á nosotros mismos, á parte toda consideracion de estado y de edad, las cruces nos aparecen igualmente por todas partes á donde se dirigen nuestras miradas. « Unas veces nosotros las encontramos en nuestro cuerpo: son los dolores, las enfermedades, el frio, el calor, la fatiga, la mortificacion en nues-

tras comodidades, en nuestros gustos, en nuestras sensualidades y en el uso molesto ó restringido de nuestros miembros y de nuestros sentidos; otras veces las encontramos en nuestro corazon: es la muerte de un pariente cercano ó de una persona querida, un revés de fortuna que nos hace bajar de rango social; es la compañía de caracteres difíciles y desagradables; son mil deséos que no se puede satisfacer, mil contrariedades que se tropiezan. Aquí, las encontramos fuera de nosotros: es una humillación que nos sobreviene, una falta de consideraciones, una preferencia de otro á nosotros, una burla ó una maledicencia, persecuciones de personas que las despreciamos, que no nos comprenden, que nos odian y que buscan hacernos mal. Allá, las hallamos dentro de nosotros: son tentaciones contra la pureza, contra la esperanza, contra Dios mismo, tinieblas morales, distracciones y disgustos en las practicas de piedad, escrúpulos y dudas que fatigan, algunas veces tambien puras ilusiones; imagináse cosas que no son, y con ello sufrense penas crueles¹.

Así como lo dice excelentemente el autor de la *Imitación*, « la cruz está en todas partes, de ella no podeis escapar; por encima y por debajo de vosotros, por fuera y por dentro, por todas partes encontraréis la cruz². »

Es necesario gemir y afligirnos por ello? Es lo que hacen, sin provecho por otra parte, los hombres que no escuchan más que la naturaleza. Pero el cristiano, mejor instruido, debe ver las cosas de otra manera. Aprendámos pues.

II. — *En qué estimacion es preciso tener la cruz.* — Sabeis, cristianos, cuán grande fué la veneracion de Santa Elena por la cruz de madera del Salvador que habia ella encontrado en el Calvario. No creyó, de acuerdo con su hijo Constantino, que fuése demasiado construir, para abrirla, una iglesia mejor que todas las que se habian edificado hasta entonces. Sabeis tambien que

1. Hamon, *Méditat.* Invent. de la s^{te} Croix, 1. p.

2. De *Imit. Christi*, lib. 2, c. 12, n. 4.

precio se dá á la posesion de las más pequeñas particulas de esta cruz sagrada, y de que piadosos homenajes se las rodea.

Sin embargo, la otra cruz de Nuestro Señor de que nos ocupamos aquí, y que consiste en los sufrimientos y las contrariedades de todas suertes, es mucho más preciosa todavia, sin comparacion. Una sola razon bastará para probaroslo. Ciertamente, la cruz del Calvario há sido el instrumento que há servido á Nuestro Señor para realizar nuestra salvacion. Pero Nuestro Señor, en primer lugar, podia rescatarnos sin dar su vida, una sola suplica, un solo suspiro de su corazon era suficiente para procurar este resultado. En segundo lugar, Nuestro Señor, habiendo resuelto morir por nosotros, podia dar su vida de otro modo que en la cruz. Podia, por éjemplo, morir la cabeza cortada por una espada, cómo San Juan Bautista y San Pablo; ó aplastado bajo una granizada de piedras, cómo San Estevan; ó de otra manera. De todo esto resulta que, si Nuestro Señor há muerto crucificado, no es más que por razones de alta conveniencia, y, por consiguiente, la cruz del Calvario, tan preciosa como nos sea, no há sin embargo sido el instrumento necesario para nuestra salvacion.

Otra cosa diferente acontece con la cruz de las tribulaciones. Esta es para nosotros un instrumento de salvacion no solamente conveniente, sinó absolutamente indispensable. No seria indispensable más que para cualquiera que pudiéramos decirse sin pecado. Pero, quién se atreverá á tener una pretension semejante? Ese, nos dice el apostol San Juan, estaria en la más grosera ilusion. La verdad es que todos nosotros somos pecadores no solamente por nuestro origen y por la falta de nuestros primeros padres, sinó tambien por nuestra propia malicia y por nuestros propios actos. *El justo* mismo, nos dice el Espiritu Santo, *cae hasta siete veces cada dia*¹. Luego, vosotros sabeis lo que es el pecado; sabeis que es una ofensa á Dios, y, por consiguiente, una falta gravisima. Sabeis que toda falta, con relacion á la justicia, es digna de un castigo.

1. Prov. xxiv.

Sin duda, la bondad no está satisfecha más que si ella perdona. Pero los derechos de la bondad no deben destruir por los de la justicia, que, por su parte, exige una reparación. Estos derechos respectivos de la bondad y de la justicia no son en modo alguno opuestos, como se podría creer. Es lo que vemos muy bien en Dios, que, al perdonar completamente al pecador, no deja de castigar el pecado.

Exigiendo, por consiguiente, toda falta una reparación, aprendamos de ahí cuán incomparablemente preciosa nos es la cruz de las tribulaciones; puesto que ella, si la recibimos y la llevamos como es necesario, es precisamente la que castiga y repara nuestras faltas. Es principalmente con este fin que nos es enviada por Dios. De suerte que, si Dios no nos la enviara, sería preciso hacernos una nosotros mismos, por medio de las mortificaciones voluntarias; puesto que sin esto, no estando reparadas nuestras faltas en este mundo, caeríamos en el otro en manos de la justicia de Dios, que, por lo menos, nos tendría durante largos años en las llamas expiadoras del purgatorio. Pero, porque nuestra molice es extrema, muy pocos pecadores hubieran tenido el valor de ejercer sobre ellos mismos los derechos de la justicia divina; y hé aquí porque Dios há juzgado, en su misericordia, que nos era más ventajoso que él nos enviase su cruz. Así nadie está privado de expiación, y cada cuál puede, sin embargo, añadir, á la cruz que Dios nos dá para llevar, lo que le inspire su celo.

Hé dicho que la cruz de las tribulaciones nos es dada por Dios *principalmente* para expiar nuestras faltas. Nos es dada también, en efecto, por otros motivos, entre ellos para favorecer nuestra conversión y comenzar nuestra justificación. Porque, qué es lo que nos desvia de Dios? son las criaturas á las cuáles nos unimos creyendo encontrar en ellas la felicidad. Pero la cruz de las tribulaciones tiene por efecto hacernos comprender que estas criaturas no podrían satisfacernos, puesto que en lugar de darnos dulzuras, ellas no pueden procurarnos finalmente más que amarguras¹. Es

1. Completamente convencidos como estamos de la nada de los bie-

así como esta cruz, después de haber disipado nuestras ilusiones, nos conduce hacia Dios, para quién solamente hemos sido hechos.

nes de la tierra, no corresponde más que á la adversidad el darnos una lección muy eficaz, que desengañe á nuestro espíritu, y despegue nuestro corazón. Estamos todos persuadidos, en general, de la nada y de la vanidad del mundo, y vemos frecuentemente que los que están á él más pegados, son los más elocuentes en exponer la vanidad de sus bienes. A juzgar por lo que piensan, por los retratos vivos y conmovedores que hacen algunas veces, se les creería desengañados; pero hay pocos en la prosperidad cuyas máximas curen el espíritu; y después que cada uno há razonado sobre la fragilidad de las cosas humanas, la pasión vence siempre al razonamiento. Luego, la adversidad nos aplica los principios generales; ella nos los hace propios, y por una experiencia evidente que sola tiene la fuerza de desinteresarse el corazón, nos hace sentir estas verdades que nos eran como extrañas. No se nos dice ya en general que la salud es un bien frágil, sobre el cuál hay poco fundamento que hacer; que los temperamentos los más robustos son alterados por los más ligeros accidentes. Entonces es inútil en general decir que no es preciso de tal modo hacer depender nuestro destino de los grandes, que ponemos en ellos nuestra confianza y todo nuestro apoyo. En la prosperidad, todas estas lecciones hacían poca impresión en nuestro espíritu; la desgracia de los demás no es para nosotros una instrucción ó una advertencia; parece, por el contrario, que ella nos dá un nuevo ascendiente sobre ellos, considerándonos como personas privilegiadas; pero la frialdad de un amo que principia á retirar su confianza, el favor de un nuevo llegado que se apodera del espíritu del príncipe, una desgracia llamativa que cambia el aspecto de las cosas, la perfidia de un amigo que nos falta en la necesidad; todo esto no nos dice más eficazmente, qué no debemos apoyarnos sobre los hombres? No es solamente el apóstol quién nos advierte que no pongamos toda nuestra confianza en las riquezas, que es una base siempre incierta: cuando nuestros negocios van bien, nos lisonjamos que no careceremos nunca; pero la pérdida de un proceso, la supresión de un cargo, años de escasez; todas estas cosas nos hacen conocer el poco fundamento que hay que poner en las prosperidades temporales, y una voz interior nos hace oír estas palabras del profeta, sea que las rique-

Y ella nos lleva á él de una manera más pronta y duradera que no podría hacerlo ningún discurso, porque no lo hay tal, para convencernos de que la felicidad no está en las criaturas, sino cuando hemos hecho personalmente la experiencia ¹.

Pues bien, si la cruz de las tribulaciones nos presta semejantes servicios, que nos despaga de las criaturas, nos lleva hacia Dios y nos hace expiar nuestras faltas, no es evidente que debemos quererla sobre todo, puesto que no hay nada que pueda sernos tan saludable y tan provechoso? Táles son los sentimientos de todos los santos, que, lejos de huir de la cruz, la han buscado cómo el más rico de todos los tesoros, y abrazado cómo la mejor de las amigas. Que estos sentimientos sean, pues, los nuestros también.

zas os vengan en abundancia, sea que os escapen por su fragilidad, no pongais en ellas vuestro corazón (*Ensayos de serm. para Ad., 2º dom.*).

1. De qué medios más eficaces Dios puede servirse para atraere el pecador, y convertirle? Le inspirará santos deseos? cuántos há ahogado el pecador? Hará brillar nuevas luces en su espíritu? es un ciego voluntario que cierra los ojos. Le enviará algunos de sus profetas? si no les hace morir como han hecho algunos reyes de Israel, les tratará de censores y de impostores. Realizará algún milagro á sus ojos? Se endurecerá contra los milagros. Por último, Dios, para tocarle el corazón, se comunicará á él en los sacramentos? plugiése al Señor, que jamás los hubiése participado! él ha encontrado la muerte, en donde los demás encuentran la vida; los remedios más saludables han sido un veneno para él. Qué camino tomará, pues, para ganar al pecador que ama, y que quiere salvar? Es aquí, Salvador mío, que reconozco verdaderamente, que no quereis la pérdida del pecador, sino su conversión. Despues de haber empleado las más dulces estratagemas, para conmovier á un pecador endurecido, vos le obligáis, apesar suyo, á convertirse por la aflicción, que es cómo el último remedio. (*Extracto de un sermón manuscrito*). Nada es más eficaz para adherirnos á Dios como la adversidad; porqué esto? Porque entonces, nos despertamos por nuestras propias necesidades, y cómo obligados á volver á él. Advertid, que en cualquier estado que el hombre se encuentre, quiere ser feliz,

Hagámos buena acogida á toda cruz que nos venga, puesto que es la más preciosa de las gracias que Dios pueda concedernos.

Conclusion. — Así, cristianos, la cruz se encuentra por todas partes, es decir, en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las edades de la vida; de suerte que se quiera ó que no se quiera, se tiene que cargar con ella, y es necesario llevarla. Sin embargo, se seria grandemente injusto quejandose, puesto que es de una manera cierta el instrumento necesario para nuestra salvación, que facilita despegarnos de las criaturas, conduciendonos á Dios y haciendonos expiar nuestras faltas. La conclusión de todo esto es, por consiguiente, cómo acabo de decirlo, la estimación y el amor á la cruz. Si apreciamos el dinero, que, no obstante, nos perjudica más frecuentemente que nos sirve; cuánto más no debemos estimar y amar la cruz, que no nos perjudica nunca y nos presta servicios mucho más preciosos que el dinero! Reformémos nuestras ideas sobre la cruz. Ciertamente es que ella es dura para el cuerpo en este mundo; pero, aceptada y llevada con buena voluntad, será la salvación del alma y del cuerpo mismo durante la eternidad. Así sea.

no pierde nunca esta inclinación natural; si no encuentra consuelo en este mundo, lo busca en Dios. A la adversidad corresponde poner al hombre en esta dichosa situación de espíritu, en que la eternidad impresiona fuertemente. En la prosperidad, las verdades de la fé, los bienes de la otra vida, nos conmueven poco; porque los sentidos agotan toda la atención del hombre, y le hacen imposible para pensar en los bienes invisibles; mucho menos amarlos. Pero, cuando los sentidos están desengañados por las aficciones del cuerpo y del espíritu, esta favorable disposición hace revivir en el corazón las máximas eternas; la fé entra en su derecho; todo lo que el hombre carnal no podía comprender, aparece claro, y la virtud muestra se amable. (*Tiberge. Serm., 6 día*).